

## La verdad última de Lázaro de Tormes

El *Lazarillo* forma parte del canon mayor de la literatura europea por su riqueza significativa, su profundidad humana y su fuerza emotiva. Además, es enormemente divertido, una maravilla de ingenio y buen humor

Por Francisco Rico

**P**OR PURO CAPRICHICO, porque lo creía “el idioma más hermoso que se conoce”, V.S. Naipaul estudió castellano en la escuela, donde, al par que el *Tartufo* y el *Cyrano*, le pusieron de texto el *Lazarillo de Tormes*. Más tarde, de becario en Oxford, lo tradujo al inglés y se lo ofreció a los Penguin Classics. El director lo rechazó de plano, porque explicaba era un libro difícil de publicar y tampoco creía que fuera un clásico. De sobra entendemos lo que quería decir: que el *Lazarillo* no merecía entrar en el canon mayor de la literatura europea porque, sobre ser español, no pasa de un juguete para reír, mero entretenimiento, sin la reveladora comprensión de la vida, la hondura de humanidad y la capacidad de emocionar e inquietar que van regularmente asociadas a la categoría de *clásico*. Nada menos cierto.

Leamos un par de líneas. “Cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo: —Hijo, ya sé que no te veré más”. Las sencillas palabras con que la pobre mujer asume la fuerza de las cosas tienen auténtica grandeza trágica. O tomemos un largo episodio. El proceso a través del cual Lázaro va averiguando quién es de veras el fantástico escudero y cuántas hambres le esperan junto a semejante amo, y va compenetrándose con él al mismo tiempo y en la misma medida en que le descubre los puntos flacos y no entiende sus razones, es de una *sympátheia* y una perspicacia psicológica rigurosamente geniales.

“Este —dice del escudero— “es pobre, y nadie da lo que no tiene”. Sin descuidar sus otras caras, Lázaro no olvida nunca presentar el mejor lado de los infelices y humildes y salir en su defensa. El acemilero que se amontona con su madre hurtaba el pienso y “las mantas y sábanas de los caballos” para llevarle a ella y los suyos “pan, pedazos de carne y en el invierno leños, a que nos calentábamos”. Pero el narrador no está dando la simple imagen de un ladronzuelo, porque detrás de esos datos objetivos nos propone el mismo juicio moral que medio siglo después enunciaría Guzmán de Alfarache: “Que esté proveído el hospital de lo que se pierde en tu botillería o



El Garrotillo (hacia 1808-1812), de Francisco de Goya, identificado como una escena del *Lazarillo de Tormes*.

dispensa; que tus acémilas tienen sábanas y mantas, y allí se muere Cristo de frío; tus caballos de gordos revientan, y se te caen los pobres muertos a la puerta de flacos”. ¿Cómo condenar a un esclavo si “el amor le animaba a esto”?

La identificación con los débiles y desdichados va de la mano con la enemiga hacia quienes abusan de su poder. Lázaro aremete contra “el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo” que lo maltratan y

**Inútil cualquier pretensión de universalizar los grandes ideales más allá de las personas: hay vidas, hombres, sentimientos**

le niegan la comida que a ellos les sobra. A “los que heredaron nobles estados” proclama nada se les debe. Es que no cree en los dogmas voceados por la sociedad y se deja guiar sólo por un elemental sentido de humanidad y un cristianismo sin más precepto que la caridad. Los biempensantes creerán lo que se les antoje, pero ningún principio vale fuera de cada camisa, es decir, si no se sustancia en beneficio de los individuos concretos.

“¿Las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien?”. ¿El medro que viene de un “oficio real” en la administración? A Lázaro le da igual lo que opinen de su matrimonio con la criada del Arcipreste y de su modesta función de pregonero. Bien están, para quien tantas miserias ha padecido por los caminos. ¿Que la óptica común lo mira como a un bicho? Quizá. Pero una higa para la óptica común. Inútil cualquier pretensión de universalizar los grandes ideales más allá de las personas. No hay valores: hay vidas, hombres, sentimientos. Ese relativismo esceptico es también un humanismo y la verdad última de Lázaro de Tormes.

Que el *Lazarillo* es enormemente divertido, una maravilla de ingenio y buen humor, nadie podría no percibirlo. Salta a la vista la gracia de las situaciones y de los comentarios que las puntean, por más que la sabiduría lingüística y el don de polisemia del apócrifo autor sean tan prodigiosos, que a mí me ha llevado medio siglo pillar ciertos juegos de palabras. Nadie podría tampoco no disfrutar la destreza y variedad de recursos que el escritor despliega en el arte de narrar, ya se trate de articular una serie de estampas en apariencia sueltas (los lances con el ciego), ya de graduar magistralmente en ritmo y clima una acción única, en un escenario casi desnudo (la casa del cura), o de contar lo que no se cuenta, antes bien precisamente lo que se niega (el lío del Arcipreste con la mujer de Lázaro).

Pero acaso la misma agilidad del relato y la frescura de estilo han encubierto que el *Lazarillo*, a todos los propósitos, tiene una riqueza significativa, una profundidad humana y una fuerza emotiva no ya equiparables sino hartos superiores a las del *Tartufo* y el *Cyrano* que Naipaul conoció también en el colegio y que nunca fueron rechazados por un director de los Penguin Classics. •

## El ‘Lazarillo’, de nuevo

### Lazarillo de Tormes

Edición de Francisco Rico  
Biblioteca Clásica de la Real Academia Española. Galaxia Gutenberg / Circulo de Lectores. Barcelona, 2012  
XII+322 páginas. 23,65 euros

Por Luis Iglesias Feijoo

¿ES POSIBLE DECIR algo nuevo del *Lazarillo de Tormes*? ¿Cabe esperar alguna sorpresa ante otra edición? Sí, sin duda. Y no son una ni dos las novedades. La primera, en la frente: la obra lleva en la portada el nombre del autor. No han aparecido datos en archivos, ni se acoge bajo el nombre de Hurtado de Mendoza, tan careado últimamente en hipótesis tan vana como improbable, ni de ningún otro escritor. Con rara coherencia, quien figura como responsable del texto es... “Lázaro de Tormes”. Así se destaca desde el inicio el propósito indudable del incógnito autor de presentar la ficción como un texto “verídico”, en el que el anonimato resultara elemento in-

dispensable para su comprensión. Estamos, pues, más bien ante un apócrifo, que, de paso, abre caminos hacia lo que llegará a ser la novela realista moderna.

Esta es la tercera edición que realiza de la obra Francisco Rico, y desde la primera de 1967 ha ido depurando y aquilatando una ingente masa de materiales y reflexiones. De más está decir que la ponderada sabiduría del editor le permite ordenar y corregir, casi siempre con benevolencia, los diversos acercamientos críticos que la han asediado. Aunque también se matiza a sí mismo, mantiene incólume, aunque ampliada, la manera de entenderla que mostraba hace ya 45 años y su estilo preciso y certero (¿por qué no se suele decir que Rico es una de las mejores plumas que hoy cortan castellano?) le permite despachar en dos líneas problemas complejos; véase, por ejemplo, la delimitación de lo que es “el caso” que está en el origen de todo.

Otra de las novedades que aquí encontramos es la decisión de no dividir la larga declaración del protagonista en los capítulos tradicionales. Si se asume que han sido

introducidos por una mano ajena al autor, lo más lógico, por mucho que sorprenda, es ofrecer el texto todo seguido, sin saltos ni cortes. Se lee entonces de otra manera la transición del falso prólogo al presunto capítulo 1, así como el paso del 3 al 4 y, sobre todo, el del 5 al 6.

También se aprovecha ahora la nueva edición del *Lazarillo* impresa en 1554 y descubierta hace menos de dos décadas emparedada en un pueblo extremeño. Aunque no fue la príncipes, que sigue sin localizar, su descubrimiento permite saber, al compararla con las otras tres ya conocidas de ese año, cómo debió ser la original. Y asimismo sirve para deducir algunos detalles del trato que la obra sufrió en su paso por las imprentas del tiempo, materia que ha avanzado no poco en época reciente y a la que ha contribuido con decisión el propio Rico.

El diseño de la colección que acoge este nuevo *Lazarillo* no extrañará a quienes conozcan otros proyectos suyos anteriores. Pero ahora se han extremado sus rasgos. Cada vez está más claro que lo importante

es el texto; por tanto, este apenas va precedido por un delantal y lleva las notas some-ras que una lectura atenta exige. Luego vienen el estudio profundo, el segundo juego de notas, las variantes... Y en todas esas secciones campea la riqueza de erudición, el justo tino exegético, la claridad analítica y, no menos importante, la honradez de reconocer correcciones a sí mismo y perplejidades no resueltas.

A cada paso hallamos precisiones sobre datos de la realidad de la época pasados por alto (hasta oímos los pregones, los cantares y los sonidos evocados en el relato), citas ocultas no señaladas, enfoques críticos abordados con economía y lucidez, como el de si Lázaro aprendió o no a escribir (como si los analfabetos no hubieran siempre dictado cartas...). Y todo va de esta manera. Por ello, quienes deseen acercarse al *Lazarillo* disponen de la mejor edición que existe y los que ya conocían las anteriores de Francisco Rico hallarán en esta nueva múltiples motivos para volver a meditar en los enigmas de esta obra única y genial. •